

# COMENTARIO

ORGANO DE LA CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO  
Año VII Número 877 Madrid, sábado, 9 de abril de 1938

## ¡MUCHO CUIDADO, SEÑORES! AQUI NO MANDA MAS QUE EL GOBIERNO

Como el señor Alvarez del Vayo indicaba, en sus recientes declaraciones a los periodistas extranjeros, la C. N. T., durante todo el período—de once meses—en que no ha tenido representación directa en el Gobierno de la República, ha sabido comportarse, en el frente y en la retaguardia, en las actividades propias de aquél y de ésta, con absoluta lealtad, sin regatear sacrificios ni esfuerzos. No se nos ha halagado al hacer esta manifestación. No se ha hecho otra cosa que proclamar una verdad bien conocida por todo el pueblo español antifascista. Y es claro que si la C. N. T. ha sabido comportarse así mientras no ha tenido representación directa en el Gobierno, ahora, que la tiene, acrecentará, si cabe, su lealtad en las relaciones que con el Gobierno mantenga.

Pero a nosotros se nos conoce bien. Y por lo mismo que se nos conoce, a nadie le extrañará que, sobre prometer lealtad en nuestra conducta, exijamos con toda nuestra fuerza, con toda nuestra autoridad moral, lealtad absoluta también a todos los demás sectores antifascistas. Entendáse bien que no la pedimos; la exigimos, y del modo más enérgico, sabiendo de antemano que tras el propósito tenemos la decisión.

Y a qué viene esto?, preguntará el lector. Pues esto viene a terciar, de modo espontáneo, en algunas conversaciones que se están manteniendo en Madrid. Quienes las celebran, seguros estamos de que se darán por aludidos. Se habla mucho, se habla demasiado, en torno a situaciones que producirían en la retaguardia algunos hechos que los valientes, los que tienen decencia, los que son verdaderamente antifascistas, jamás deben dar por acaecidos mientras para evitarlos no pongan en el tablero su propia vida.

El Gobierno actual, según decíamos ayer, está por encima de la política y ha nacido con la misión de encauzar las energías del pueblo antifascista, todas ellas, de grado o por fuerza, hacia el deber fundamental, por no decir único, de esta hora, que consiste en combatir, en luchar, en elevarse como una tromba en un horizonte que no tiene perspectivas de victoria ni de derrota, que sólo está abierto para la lucha heroica, voluntariosa, corajuda. Y este Gobierno, lo mismo el día de su nacimiento, que hoy, que mañana, tiene autoridad suprema para regir los destinos nacionales, más allá o más acá del Ebro. Mientras este Gobierno hable, y hablará con autoridad tanto tiempo como exista, todo el mundo a callar, todo el mundo a cumplir en silencio su obligación.

¿Está claro esto? Pues sobran todos los cambalaches, todos los repartos políticos, todos los sueños de materialismo de vía estrecha, todas las habladurías a que antes aludíamos. Hay rumores que no ganan la calle si alguien no está interesado en que la ganen. Hay rumores que huelen a partidismo de la peor especie. Hay rumores que denuncian la existencia de mucha gente fusilable... Y esos rumores, si surgen de sótanos, convierten los sótanos en alcantarillas... Esperamos que quienes los han puesto en circulación los retiren de ella como moneda falsa.

No ha surgido después de constituirse el Gobierno la cuestión a que venimos aludiendo. Surgió en vida del anterior, y precisamente al calor de la euforia producida por los vinos de marca. Pero nos consta de antemano que quienes han dado gusto a su lengua en el juego de irresponsabilidad que suponen las habladurías citadas, no le merecen confianza al pueblo ni han dejado de pensar en los kilómetros que hay de Morella a Castellón y de Castellón a Madrid...

En noviembre fué el pueblo trabajador, revolucionario y antifascista hasta el fin, el único que supo salir airoso del trance difícil en que se encontraba la capital de España. En las jornadas futuras, cualquiera que sea nuestra suerte, será también, en última instancia, el pueblo trabajador quien decida. Y como así ha de ocurrir entonces, desde hoy les queda prohibida la política de camamarino a los arbitristas, de cuya estupidez habla sobradamente el hecho de imaginar que nos hemos olvidado de su historia.

El Gobierno actual, según decíamos ayer, está por encima de la política y ha nacido con la misión de encauzar las energías del pueblo antifascista, todas ellas, de grado o por fuerza, hacia el deber fundamental, por no decir único, de esta hora, que consiste en combatir, en luchar, en elevarse como una tromba en un horizonte que no tiene perspectivas de victoria ni de derrota, que sólo está abierto para la lucha heroica, voluntariosa, corajuda. Y este Gobierno, lo mismo el día de su nacimiento, que hoy, que mañana, tiene autoridad suprema para regir los destinos nacionales, más allá o más acá del Ebro. Mientras este Gobierno hable, y hablará con autoridad tanto tiempo como exista, todo el mundo a callar, todo el mundo a cumplir en silencio su obligación.

¿Está claro esto? Pues sobran todos los cambalaches, todos los repartos políticos, todos los sueños de materialismo de vía estrecha, todas las habladurías a que antes aludíamos. Hay rumores que no ganan la calle si alguien no está interesado en que la ganen. Hay rumores que huelen a partidismo de la peor especie. Hay rumores que denuncian la existencia de mucha gente fusilable... Y esos rumores, si surgen de sótanos, convierten los sótanos en alcantarillas... Esperamos que quienes los han puesto en circulación los retiren de ella como moneda falsa.

No ha surgido después de constituirse el Gobierno la cuestión a que venimos aludiendo. Surgió en vida del anterior, y precisamente al calor de la euforia producida por los vinos de marca. Pero nos consta de antemano que quienes han dado gusto a su lengua en el juego de irresponsabilidad que suponen las habladurías citadas, no le merecen confianza al pueblo ni han dejado de pensar en los kilómetros que hay de Morella a Castellón y de Castellón a Madrid...

En noviembre fué el pueblo trabajador, revolucionario y antifascista hasta el fin, el único que supo salir airoso del trance difícil en que se encontraba la capital de España. En las jornadas futuras, cualquiera que sea nuestra suerte, será también, en última instancia, el pueblo trabajador quien decida. Y como así ha de ocurrir entonces, desde hoy les queda prohibida la política de camamarino a los arbitristas, de cuya estupidez habla sobradamente el hecho de imaginar que nos hemos olvidado de su historia.

## ¿PRESENCIAMOS EL SILENCIO DE FRANCIA? LOS ACOMETIMIENTOS DE MAÑANA PONDRAN DE MANIFIESTO LA GRAVEDAD QUE TIENE LA TERRIBLE PASIVIDAD DE HOY

No es posible examinar fríamente, desde el campo antifascista español, lo que está sucediendo en Francia, donde los Gobiernos del Frente Popular se suceden fracasados. Acaba de caer el de Blum. El hecho, en sí, tiene gran importancia; pero ésta adquiere mayor relieve teniendo en cuenta que otros Gobiernos de parecido carácter han caído antes, y siempre a consecuencia del veto que, casi más o menos discreto, les ha puesto la reacción capitalista, atrincherada en los centros financieros, en la industria, en el comercio, en el Senado, en altos medios políticos y hasta en el mismo seno del Ejército. Esta reacción capitalista presume de más o menos democrática; no recurre a medidas de violencia; pero tampoco cede en la defensa enconada de sus privilegios inadmisibles. Y frente a esta actitud de las "doscientas familias" y de sus satélites en el campo social, político y económico, el Frente Popular se debate en disidencias internas y no consigue establecer una norma de actuación correspondiente a la agrupación de las fuerzas que lo integran. Estamos tentados a decir, viendo esto, que el Frente Popular francés es demasiado amplio. Para adoptar una política decisiva, le sobra gente a la derecha o a la izquierda. Debe prescindir de algunos sectores obreros o de algunos grupos capitalistas. Actualmente, la lucha se da entre el capital y el trabajo, que tiene en vilo a Francia, se manifiesta hasta dentro del Frente Popular, y por esta razón resulta ineficaz el estado de organismo, obligado a mantenerse en la pasividad ante el ataque, cada día más temible, de las fuerzas reaccionarias, que empiezan a constituir un solo frente de lucha.

Pero la falta de decisión que se advierte en el Frente Popular francés no se debe, según nuestro criterio, exclusivamente a sus disidencias internas. Se debe también, y de modo principal, a la falta de sentido revolucionario que está demostrando la clase trabajadora de dicho país. Llevamos nosotros casi dos años de guerra; el conflicto español no afecta exclusivamente a los trabajadores de nuestra patria, sino a los de todo el mundo, y de modo especial a los franceses. Pues bien; mientras nosotros combatimos, el

proletariado francés ha sido incapaz de declarar una sola huelga de solidaridad con el proletariado español. No se ha encontrado con la política de "no intervención", no ha ejercido su influencia sobre los Gobiernos que han ido sucediéndose en el país vecino, y creyendo que para cumplir su deber le basta con gritar, entre manifestaciones y mítines, entre artículos y corrientes, va tolerando que el fascismo internacional conquiste las posiciones que la izquierda y va consintiendo que dentro de Francia se establezca una situación muy semejante a la que tenía España en mayo o junio de 1936.

No hablamos a capricho. Hay hechos muy recientes que demuestran la razón de nuestras afirmaciones. Hace dos días, los trabajadores parisinos fueron convocados a una manifestación de protesta contra la política del capitalismo. ¿Muestra el Senado? ¿Muestra el Ejército? ¿Muestra un o guardias, instaurados cortésmente a los trabajadores a disolver la manifestación, y ésta quedó desuelta. Consecuencia: el Senado ha distituido al Gobierno. En vez de morir, mata. Pueden seguir los trabajadores franceses haciéndoles caso a los guardias. Pero no olviden que ha de llegar un día en que esos guardias sustituyan la corteza de anteojo por los disparos de ametralladora. Y entonces, acaso sea tarde para tomar las medidas oportunas, las convenientes, las que reclama la situación francesa.

Nadie diga que es esto demagogía. Tenemos a la vista la situación interior y exterior de Francia. He aquí un pueblo que cuenta con uno de los primeros Ejércitos del mundo, por no decir con el más poderoso; que

Estudiamos ayer cómo prepara el fascismo el aislamiento de Rusia. Le ayuda el terror que ha llegado a grados increíbles—de las democracias por la guerra; terror que ha caído hasta los huesos de esos pueblos. Como todos los cobardes que rehuyen los peligros, aunque en cada huida deligen jirones de su dignidad, tendrán, cuando se encuentren cercados y a punto de sucumbir, un gesto desesperado de defensa atacaendo entonces a defendida si es preciso. Na hay va entia más riera que la de un cobarde cercado. A veces, esa valentia, tiene tal impulso y sorprende tanto a los bravucones, que reculan, ceden y abandonan el cerco. Pero suele ocurrir en otras muchas que los bravucones han tomado con destreza todas las salidas, y les basta con dejar al cobarde hecho riera que rija, clave las uñas en las piedras o en sus rodillas, desgare su propia carne y cubra, al fin, rojo y venecido por su propia impotencia.

Es mucho el miedo de las democracias a la guerra. Tanto, que ha cegado el razonamiento de los va ores serenos. Porque la guerra se estudia, se calcula para medir hasta dónde quebranta la economía, aniquila energías, destruye reservas, desagra pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estarían guardando sus desplantes.

Porque a la guerra se la desprecia y se la execra. Pero no se le teme haciendo almoneda de la dignidad y del valor. A la guerra hay que recurrir contra los audaces y los saltadores, contra los esclavizadores de pue-

blo, desequilibra y rompe todas las concepciones. Es el río que se sale de madre. Se estudia todo lo que puede arrastrar y devastar, pero no se le tiene miedo físico, por que entonces se pierde la dignidad para utilizar la como medio de salvación y en defensa propia. Y los apologistas de la guerra, los que la exaltan a la categoría de mito, los que la cantan como suprema fuerza de los pueblos dominadores, defendiendo en la morbosidad de entonar poemas a miembros desoyuntados por la metralla salvadora, consiguen el clima de renunciamientos y de impotencias propios para sus asaltos. Si las democracias, en vez de huirse, cerraran los ojos y no vieran por donde les hundían el cuchillo que ha de ahogarles, escucharan serenamente, con ojos muy abiertos, y contestarían firmes: "Bien; todo eso nos parece muy bonito, pero no tenemos ni nos asustará recurrir a esos medios"; los chulos de Europa estar

